



**QUEVEDO:**

CIA— aparecen resumidas en los numerosos poemas —más insultantes que satíricos— que escribió contra su rival y enemigo el poeta don Luis de Góngora. La saña persecutoria del madrileño le conduce a centrar sus venenosos ataques en aquellos puntos susceptibles de desacreditar al cordobés a ojos de sus paisanos e incluirlo en el "ghetto" infamante de lo proscrito: judaísmo y homosexualidad —imagen espantajo por excelencia que los centinelas de la fe y buenas costumbres se esforzaban en exorcizar en aquellos benditos tiempos mediante el envío de los culpables a las mazmorras y quemaderos del Santo Oficio—. Veamos unos pocos ejemplos:

¿Por qué censuras tú la lengua  
[griega  
siendo sólo rabí de la judía,  
cosa que tu nariz aún no lo nie-  
ga?

En lo sucio que has cantado  
y en lo largo de narices,  
demás de lo que tú dices,  
que no eres limpio has mostra-  
do.

Muy dificultoso eres,  
no te entenderé un letrado,  
pues, aborreciendo puercos,  
lo puerco celebras tanto.

Yo te untaré mis obras con toci-  
[no,  
Para que no me las muerdas,  
[Gongorilla.

Si las referencias antijudaicas son casi continuas, las antisodomíticas no abundan menos:

De vos dicen por ahí  
Apolo y todo su bando  
que sois poeta nefando,  
pues cantáis culos así.

Poeta de bujarrones  
y sirena de los rabos,  
pues son ojos de culo  
todas tus obras o rasgos.

Bosco de los poetas,  
todo diablos, culos y braguetas,  
y dicen lenguas ruines  
que de atrás os conocen floren-  
tines.

Este, en quien hoy los pedos  
[son sirenas,  
éste es el culo, en Góngora y en  
[culto,  
que un bujarrón le conociera  
[apenas.

En estos y otros pasajes, Quevedo insiste en la índole excremental del pecado nefando ("dejad de

ventosidades", "albañal por do el Parnaso", "almorrana de Apolo", "doctor en mierda y graduado en pujos", etcétera), en virtud de la cual aquél es condenado menos por el hecho de ser un placer horro de fines procreativos (como es el caso, por ejemplo, del onanismo o *coitus interruptus*) que por conjugar en el acto de la cópula (ya sea heterosexual u homosexual) el falo y el ano, el semen y las heces —imagen doblemente traumática para una conciencia que niega la realidad del cuerpo y oculta con asco sus "servidumbres" fisiológicas. Con la ejemplaridad única en que expresa la alienación en una forma totalmente alienada, Quevedo transforma el ano en ojo y la boca en ano, imponiéndonos así, aun para estigmatizarla, la identidad del rostro inferior y superior, del culo y la cara:

Hombre en quien la limpieza fue  
[tan poca  
(no tocando a su cepa),  
que nunca, que yo sepa,  
se le cayó la mierda de la boca.

Dicenme tienes por lengua  
una tripa entre los labios,  
viendo que hablas con ella  
ventosidad todo el año.

Su aversión antisodomítica será tanto más fuerte cuanto mayor haya sido el poder de atracción secreto que sobre él ejercen el ano y la materia fecal. No es necesario ser un experto en asuntos de psicoanálisis para saber que lo que se veda o censura es forzosamente objeto de un deseo: sería absurdo prohibir —e incluir en el campo léxico tabú— lo que nadie —ni aun en sus sueños— tiene el menor deseo de realizar.

Si el inconsciente reprimido que ocasiona la neurosis es, como pensaba Jung, un inconsciente colectivo, cabe la posibilidad de interpretar la literatura española aun como mera hipótesis de trabajo, en términos de retención, de estreñimiento. Así, los escasísimos y amazotados frutos —en verdad coprolitos— de nuestras letras por espacio de dos siglos —exceptuando los de media docena de autores conocidos de todos— y las presuntas cualidades de un estilo conciso, duro, escueto, seco —que se suele atribuir a la gravedad y adustez de la meseta castellana—, serían en realidad producto de una actitud paliativa y avara respecto a la materia que expelemos. La estrecha relación entre escritura, impulso sexual y excremento no puede ser ya ignorada por nadie. Estudiar la coprofilia de Quevedo sin anteojeras ni repugnancia —arrancándola de las pinzas y gasas de una erudición que tan a menudo la esteriliza— puede constituir un excelente punto de partida para la comprensión y cura eventual de nuestras seculares heridas y traumas. ■ J. G.